Exaltación de las cruces de mayo
Dos Hermanas, abril de 2015

Presentación. Óscar Romero Postigo.

Sr. Cura párroco del Ave María y San Luis. Gracias sinceras por su apoyo a la agrupación parroquial que organiza este acto. Sin la dirección espiritual de sacerdotes, que vean un camino de fe en las hermandades, nada, como lo de hoy, sería posible.

Sr. Vicepresidente de la Agrupación parroquial de la Santa Cruz, Sábana Santa, Ntro. P. J. en su Prendimiento, Ntra. Sra. del Carmen, san Hermenegildo y san Juan evangelista. Al que aprovecho para felicitar públicamente, por el reciente nombramiento, precisamente, como Agrupación parroquial, estando ya a las puertas de convertirse en una verdadera Hermandad.

Sr. Hermano Mayor de la Pontificia, Real e Ilustre Hermandad de Ntra. Sra. de Valme Coronada y San Fernando. Gracias a ti y a tu Junta de Gobierno, por permitirme estar aquí, donde, sencillamente, me siento como en casa.

Querido amigo Presentador.

Jóvenes de las Cruces de mayo nazarenas.

Familiares y estimados amigos todos.

Mis primeras vivencias en torno a la cruz, que hoy exaltamos, mi primera cruz de mayo tenía un solo costalero: yo. Preparaba mi costal, perfectamente doblado, pisado por mis rodillas y, con la ayuda de un familiar, me ponía la faja. La imagen que procesionaba, salía cada tarde del taller de la plastilina jovi. Los respiraderos eran un simple retal de terciopelo burdeos, sujeto con una pinza de tender la ropa y, en solo unos minutos, me ponía la silla sobre la cabeza y todo estaba listo. La banda –sonora, por supuesto– era de vinilo: la Agrupación musical de santa Marta de la Algaba, Soria 9 y, en una curiosa mezcla, también estaba por allí, el famoso disco de Silencio de los Cantores de Hispalis, dedicado a la Semana Santa. Todos se pinchaban a 30 revoluciones, en el viejo tocadiscos, que tenía que encenderte mamá, porque daba un poquitín de calambre. Por último, aunque solo a veces, contaba mi diminuta cofradía hasta con capataz. Ni más ni menos, que mi primo Ventita. Al pasar por las puertas del piso, llevaba a cabo mis salidas más difíciles, tirándome a tierra, incluso. Y en el pasillo, tenía mi particular callejón Cruz. Sin haber visto videos de cofradías sevillanas, dominaba todos los cambios de paso posibles, sobre el izquierdo, de costero a costero, el caballito, tres pasos adelante...

Aquello era, sin duda, el mejor juego del mundo, el que en más de una ocasión, he echado de menos. Sé bien, que más de uno, que ha pasado por este atril, está de acuerdo conmigo, porque así lo dijo en su exaltación.

Muchos de los que hoy me acompañáis, jugasteis como yo a los pasitos y sé que ellos fueron vuestra primera escuela en el trabajo del costal. Hoy tengo la inmensa dicha de poder deciros que, gracias a Dios, el juego no ha pasado de moda, que continúa vivo y que la Semana Santa no sabe de fechas en el calendario de un niño. Si vieseis a la mi sobrino Rafa llamar al martillo: por la hermandad, por nuestra gente y por nuestro barrio y por la prima Valme y por la prima Lucia y el primo Alvari y por la tita y por la abuela y por el abuelo y por la vecina Mari... No hay más hermosa levantá que la de un niño de dos años.

¿Cómo no va a ser la levantá al cielo, si es un ángel el que llama?

Ah, y por cierto ¿Y saben quién es su verdadero ídolo? El mejor capataz para ellos, al que le tienen admiración y devoción. Sí, de nuevo, el padrino Ventita. El mismo. ¿Antonio Santiago? ¿Antonio Santiago? ¿Quién es Antonio Santiago al lado de Antonio Ventita?

En fin, ya en la adolescencia, el juego, que había abandonado años atrás, regresó. Y vino de la mano de mi amigo Óscar. Él me llevó a la cruz de mayo, a ayudar a su hermano Lucas y a su amigo Alberto, que andaban liados y no tenían mucha idea. Él me llevó y él me ha traído hoy aquí. Es, por tanto, la misma razón que entones me movió y la que esta noche hace que esté aquí: la amistad. Sincera y sencilla. La Amistad mayúscula, de la que hacéis gala en la hermosa lección de vuestro lema. Siempre en la amistad. En realidad, todas las cruces de mayo hacéis honor a ese lema, con vuestros pasos y asociaciones.

De mi buen amigo Óscar, que aprovecho para agradecer su grata presentación, del que lo primero que conocí fue su permanente sonrisa, su educación y generosidad. Jamás lo he visto enfadarse.

Él fue –como decía– quien me invitó a echar una mano en la cruz de mayo que estaban montando Lucas, Alberto y algunos de sus amigos y compañeros del Colegio de Los Frailes. Aunque Óscar y yo, pertenecíamos a una generación mayor y ya estábamos en el instituto, donde teníamos, junto a otros nuestra permanente tertulia cofrade, la amistad –de nuevo– surgió muy pronto entre todos. Entre nuestra generación y la todavía más joven. Así, nosotros poníamos algo más de razón, sí. Una pizca de madurez, también y ellos ponían su mayor ilusión, esfuerzo y obediencia a nosotros, que éramos, al fin y al cabo, sus mayores. Y como muchos sabéis, jugaban al fútbol mejor.

Todo comenzó, en un pequeño paso de palés, con patas de un metro de altura, respiraderos de cartón, pintados en dorado con purpurina, con flores de papel de seda morado, fue el sencillo paso del inicio. Con su radiocassette escondido en el interior del monte, en el calzaban ocho costaleros. La cruz de mayo de la calle Guadalajara surgió así de aquella cochera, que muchos de vosotros conocisteis. Aquel local de blancas paredes y suelo de terrazo fue –y no exagero–, por momentos, la mayor sede de la juventud cofrade de toda Dos Hermanas.

Después vendría el paso de mayores dimensiones, con cuatro trabajaderas, para dieciséis. Con los faroles de panel y luego de madera, hechos por el Quinta. De aquel paso, junto a Óscar, me convertí en su capataz. Entonces llegaron las salidas desde Cautivo y Oración y la banda juvenil de las Tres Caídas de Triana. Recuerdo con especial cariño, la primera salida desde la casa de Hermandad de Ntro. P. Jesús Cautivo. Con aquel paso de madera rubia, todavía sin barnizar. Ese año, muchos no saben y otros no se dieron ni cuenta, pero el conocido locutor Esteban Romera venía de delegado de la banda de Triana. Claro que entonces no tenía el cartel de prensa morada y de comunicador que después se ha ganado. Ni yo mismo lo conocí hasta tiempo después.

Sucedía, que de los ensayos, me había aprendido los nombres de algunas marchas, que si Silencio blanco, Santa Cruz... Marchas que mi amigo Triana mandaba y ensayaba una y otra vez, que, imagino, serían las mejores y más difíciles, por sus solos de cornetas y complicadas partituras. Yendo ya de contraguía, en la misma calle Hispalis, tras la salida, puesto que quería que la banda interpretase marcha tras marcha, le pedía una detrás de otra, con nombre y apellido. Que si Santa Cruz, que si Silencio blanco, Medea, Amor de Madre. Después de solicitarle varias veces las mismas, en la calle Onuba, un poco más adelante, vino Esteban a echarme la bronca. "Mira, hemos tocado ya tres veces Silencio blanco, dos veces Santa Cruz, tres veces Requiem... Y y no las vamos a tocar más. Se acabó. Porque nos vais a reventar a los chavales". Perplejo, lo único que atiné a decirle fue: "vale". Mientras pensaba en la cantidad de recorrido que nos quedaba y con la banda mosqueada. A mí me preguntaban qué marcha

tocaban y yo respondía lo que sabía. No se me ocurrió darle libertad de elección. ¡Pero qué sabía yo! ¡Si solo conocía esos títulos de marchas! ¡De lo que sí sabía era de la pequeña fortuna que entonces eran los veinte mil duros, seiscientos euros, que nos costó traerlos ese primer año! ¡Y la de papeletas que tuvimos que vender de jamón, queso y caña de lomo! Pero la anécdota no quedó ahí.

Al pasar por la calle Guadalajara, habíamos quedado en que podíamos tener un detalle y darle un pequeño refrigerio a la banda, ya que era juvenil. Días atrás así lo decidimos. Y le dimos un bocadillo y un refresco. En la calle Carlos I, después de la fraternal merienda, vino de nuevo a buscarme Esteban Romera. Lo vi venir de lejos, con la mismas energías. Y me decía: "A ver por dónde me va a salir". Por suerte, esta vez me dio las gracias. Nos agradeció enormemente el gran gesto del refrigerio. "Mira –me dijo– que podéis contar con la banda para lo que queráis. ¿eh? Que si queréis organizar un concierto, que queréis un pasacalles, que lo que queráis, que contéis con nosotros, pero ya. Que contéis con nosotros pero ya, ¿eh? Fenomenal. Enhorabuena". Perplejo, otra vez, sin comprender demasiado que mosca le había picado, solo pude decirle: "vale". Mientras ya pensaba en cómo le íbamos pedir las nueve o diez marchas seguidas, que nos iban a tener que tocar en el próximo callejón Cruz.

En fin. Muchos y hermosos recuerdos. Después, como vosotros sabéis mejor que yo, la cruz de mayo cambió de nuevo su paso, a la parihuela actual aún mayor. De ella, estoy convencido de que se dirá algún día que fue la primera parihuela de la Hermandad del Carmen.

El fenómeno de las cruces de mayo, desde entonces, creció y creció, cuando me distancié –con la venia– de la mía. Cuando tendría yo diecisiete o dieciocho años y lo hice porque me sentía mayor. Siempre he creído que todos tenemos un día de llegada y de salida para los sitios y que mientras sea uno el que elige esos tiempos, es uno el que es dueño de su vida, cuando se nos obliga a entrar o a salir, es otro el que decide por nosotros. Mi tiempo –consideraba– se había agotado. ¡Ya era mayor! Aunque alguno dice que yo era ya mayor, cuando hice la Primera Comunión. ¡Qué diferencia! Hoy que se anuncian "promociones de viaje para jóvenes de más de sesenta y cinco años". Ahora que las cruces de mayo son más grandes en todos los sentidos: Mi actitud, quizás, ya está fuera de lugar. Pertenece, efectivamente, a otro tiempo.

Por eso, después de reflexionar, lo único que deseo desde este atril, es que no dejéis de crecer. La fe es como una macetita, que hay cuidar, para que se mantenga. El joven de cruz de mayo debe hacer crecer su asociación, debe ser un chaval de iglesia y cofradía. Debe querer ser ejemplo, para la generación siguiente, para la que lo relevará a su debido momento, pero que acogerá a los nuevos, como quiso ser acogido y así lo fue, por la que le cedió el testigo.

No comparto esa visión reduccionista de algunos, que no desean que surjan nuevas hermandades, porque restan "porción a un imaginario pastel", porque más vale la calidad, que la cantidad. Ni entiendo la visión pobre de algunos sacerdotes, que no quieren hermandades, porque somos

unos “jartibles” y más jaleo. Que dónde vamos. Que dónde vamos cantando la salve en latín... Que dónde vamos, patrimonio oral del siglo XIII, escrita por Santo Tomás de Aquino y en la lengua oficial del Vaticano. Que dónde vamos.

Yo quiero una iglesia grande, de siembra abundante y de abundantes obreros. Ya vendrá el momento de la siega. Solo de la cantidad, sale la calidad.

Hoy que tenemos la suerte de echar la vista atrás y observar la senda que se ha trazado. Desde aquella infantil primera cruz de mayo de la calle Guadalajara. Hoy que han pasado los años y que imaginamos ese pasado y que recordamos el futuro, que soñasteis como Hermandad y que, realmente, tenéis muy cercano. Quisiera darle las gracias a todos, aunque soy consciente de que “gracias” no es suficiente palabra, para agradecer tan hermoso sueño. A todos los que os arrimasteis a nuestra cruz de mayo. Todos sois ejemplo de tesón y sacrificio y ya habéis logrado algo admirable, pero más todavía en los tiempos que corren. Por vosotros y vuestras familias le pido a la bendita Madre del Carmen, que os cobije bajo su manto. Y a sus benditas ánimas, en la que estoy convencido de que estarán muchos de nuestros antepasados y maestros que nos inspiraron.

En fin. Mis recuerdos son los vuestros, porque fuimos y porque somos. Porque, como le gusta decir a mi hermano: “Hoy es siempre todavía”. De la sincera amistad nacieron estas historias, que acabo de

compartir. Sé también que son parecidas a las vuestras y a las que otros exaltadores han contado aquí, mejor que yo.

Y más allá de esos recuerdos, ruego me disculpéis, porque no tengo mucho más. Sinceramente, traigo la sensación de venir con las manos vacías, amigos y jóvenes de las cruces de mayo. Vengo, únicamente, con lo que soy. Padre de familia, cristiano, profesor de vocación y con un solo título, del que me siento orgulloso y que me gustaría legar a mis hijos, el de buen nazareno.

Hoy el que viene aquí es otro, muy distinto, al de aquellos recuerdos. Perdido, tal vez, si no fuera porque llevo a Valme de la mano. Hubo días de osada juventud en los que creí saber más. Algunos años más, en los que incluso fui capataz de la Divina Pastora. Solo he sido costalero del Santísimo y de Nuestra Virgen de Valme en su aniversario de Coronación. Pobre curriculum, tal vez. Dudaba en este momento de mi exaltación, de si hablar o no de un joven capataz de jueves santo, que está en la nómina de la cofradía del cielo. Sí, compartí el martillo con José Juan en la Divina Pastora. Su repentina muerte fue una lección fría y poderosa, que no entendemos, que hoy menciono, porque me llevó rápidamente adonde os quiero llevar. Pasados los días de su entierro, después de días de ajetreo, me acerqué a mi socio y en un gesto poco inusual en mí, le pasé el brazo por encima y le dije: "Tú sabes que yo te quiero un montón...". No le pude decir más. Tampoco hizo falta. Siempre he creído que la amistad verdadera no sabe de distancias, ni de tiempos. Pero he aprendido que el cariño tiene

que ser expresado. Porque todos nuestros amigos y nosotros, tarde o temprano, una igualá en el cielo.

Aquella lección inspiró mi alma a contaros tres momentos en torno a la Santa Cruz. El motivo central de vuestros pasos. Jóvenes cofrade, llegué a la conclusión de que era eso lo que tenía que deciros. Para lo que, en realidad, he venido.

Primer momento: "La cruz de vuestros pasos está vacía, porque es para vosotros". He tenido durante años la suerte de trabajar en lugares donde el Señor siempre está presente. Siempre he tenido la dicha de trabajar en colegios, con capillas u oratorios con Jesús Eucaristía. Por eso tengo la suerte de saludarlo cada mañana antes de comenzar mis clases.

Cuando trabajaba en Algeciras, tuve la oportunidad de conocer a excelentes personas del Opus Dei. Jamás olvidaré las enseñanzas de mi director don Gabriel, padre de nueve niños entonces y natural de Navarra. Y la visita a un oratorio, que tuve la oportunidad de ver, que contaba con una cruz de madera de unos 50 cm, situada en una curiosa colocación. Se encontraba sobre la pared a un metro de altura, a la altura de nuestra mano, clavada sobre la pared y a escasos centímetros del pomo de la puerta, que daba acceso al citado oratorio. Me enseñaron que la idea de colocar la cruz de madera allí, que casi rozas y parecer coger, cada vez que abres la puerta, es frecuente en estos oratorios y que había sido inspirada por su fundador, San Josemaría Escrivá, para recordarnos que la cruz esta ahí vacía, esperándonos a nosotros. Es para los cristianos.

No voy a descubrir nada nuevo, si os digo que la cruz duele. Que es muy difícil llevarla y que muchas veces sentimos no poder. Dicen que solo los mártires son capaces de llevar bien la cruz. Por eso hay que rezarle mucho al Señor, para que nos ayude en nuestra tarea. Jesucristo nos dejó los sacramentos, nuestra mejor ayuda. Las manos consagradas de un sacerdote, que imparten todos los sacramentos, son las manos del Señor. Son manos que sirven para reconciliarnos, para traer al Señor a la Eucaristía. ¿Os imagináis un mundo sin curas, sin poder consagrar y hacer al Jesús presente? ¿Os lo imagináis?

Un segundo momento: "La cruz de vuestros pasos está vacía, porque Cristo está vivo". Y sin embargo, muchas tenemos la sensación de estar solos en la vida. De ir solos y abandonados de la mano de Dios, precisamente. Entonces, muchos de los que nos creemos cristianos, solemos ponernos delante de nuestras Imágenes, delante del Cristo de nuestra cofradía o de nuestra Bendita Madre. Y sucede, sucede que no encontramos la respuesta rápidas que anhelamos, porque Dios no habla como los hombres. Debemos de comprender que las imágenes de nuestras hermandades son solamente un medio y que constantemente nos enseñan una valiosa lección: recuerda Cristo no está aquí. Cristo está vivo.

Se me antoja que todas nuestras imágenes tienen algo parecido al Cristo de Velázquez. No sé si conoceréis la pintura de nuestro genial artista sevillano. El crucificado que pintó representa a Cristo muerto en la Cruz, sobre fondo negro. Los pies del Señor descansan sobre un taco de madera y

cada pie tiene su clavo. La cabeza de Jesús reposa sobre su pecho y su rostro está parcialmente oscurecido por el pelo y la barba, por la corona de espinas y la propia sombra de la muerte. El costado abierto por la lanza y, sin embargo, no abunda la sangre por ninguna parte y el cuerpo del crucificado no está abandonado, es decir, sus músculos están tensos. Las rodillas no están flexionadas, ni el pecho hundido. Ese Cristo pintado por Velázquez, Ese Cristo, como Cristo, en realidad, no está muerto, sino que está vivo y además nos escucha.

Pero nosotros seguimos sintiéndonos solos y ahogados en un mundo que vuela, entre nuevas tecnologías y supuestas formas de comunicación. Sumidos en una tristeza dañina. ¿Por qué a mí? ¿Por qué este problema tan grande? ¿Por qué mi madre, mi padre o mi amigo enfermo? ¿Por qué aquel accidente, que lo cambió todo? Párate. Ya sé que es de noche. Pero aunque es de noche. Párate. ¿Estás solo de verdad? ¿No te das cuenta? La mano del Señor está en tu hombro, no busques a Jesús en la cruz, porque Cristo está vivo. Los momentos de desesperanza y de dolor son instantes que nos sirven para acercarnos al Señor, que nos sirven para darnos cuenta de muchas cosas. De lo que verdaderamente importa en esta vida. Que hay que seguir adelante, siempre adelante. Que no hay cristiano sin cruz...

Cristo está vivo y lo está en ti y en mí. Queridos jóvenes integrantes de las cruces de mayo, si os gusta ser costalero, podéis aspirar y, en cierta forma, debéis tratar de ser el mejor costalero posible. Y no solo en la técnica, zapatillas adecuadas: planas con suela de goma, que si alpargatas si o no. Pantalones remangados, pantalones muy remangados...camisetas de

tirantas, camisas a la cintura. Costales de un metro, de la tienda del Mosca... Y sobre la frente cubriendo más o menos los ojos. –Cuando observó a un costalero de ojos cubiertos, recuerdo la representación de la fe del Santo Entierro. "La fe es creer sin ver"–.

Yo tengo la suerte de conocer a un auténtico costalero, al que le he visto el mejor andar. Lograr la salida más angosta y resolver la chicotá más complicada, que la vida nos puede poner con el izquierdo por delante. No tenía relevos, ni tuvo que igualar. En su cuadrilla solo iba él. Su paso pesaba hasta doblar las rodillas y no permitir más que arrastrar con dificultad nuestros pies. Nada de flores, de incienso o de banda. Primero vinieron los tropiezos, las caídas... Después las muletas y manos cada vez más torpes. Por último la cruz, en forma de silla de ruedas. Nunca se arrió el paso. La más dolorosa piedad, viva y real, absolutamente corpórea y contraria, a la dulce y quieta de Miguel Ángel. La piedad de un hijo que empuja a su padre en silla de ruedas, que no se detiene, porque no puede. Que cada día lo toma en sus brazos para levantarlo y cada día ve que su padre pesa menos. Ni un paso atrás, siempre de frente, en la vía dolorosa del ELA. Esclerosis Lateral Amitrófica. Así era, una chicotá dificilísima en la enfermedad. Gólgota imposible, por el que subía mi amigo. Hecho a su medida, solo para él. Y lo veías pasar a tu lado y no podías ayudarlo. Con la garganta muda, no podías más que rezar. Solo rezar.

El mejor costalero es ese, el costalero de un Cristo vivo. Así reza el lema de la asociación fundada por un sacerdote, que muchos tenemos por

santo: el padre Leonardo del Castillo. “Costaleros para un cristo vivo”. La cruz está vacía, porque Cristo está vivo, en aquel que nos rodea.

Sé que no es fácil la tarea que os propongo. Pero es que la vida no lo es. A grandes problemas, grandes soluciones, me gusta decirle a mis alumnos. Costaleros de cristo vivo todos los días. De la misma manera que echáis la mano a la cintura de vuestro amigo costalero, cuando faltan las fuerzas y las frases de ánimo brotan de vuestros labios, para apoyarlo. Así debéis ser siempre. Personas dispuestas a arrimar el hombro, a luchar contra el dolor, la tristeza y la desesperanza. Los auténticos costaleros del Señor lo son todo el año y toman decisiones de verdad y se enfrentan a la realidad que les rodea. Se revisten de Cristo, cuando preparan su ropa, como los sacerdotes, cuando se preparan para la santa misa. Y no les importa caer o ser injuriados, porque saben que el martillo siempre vuelve a sonar, porque siempre hay una nueva oportunidad, para seguir e intentarlo de nuevo. Que mayo ya está ahí todavía, a la vuelta de la esquina. Con los ensayos de vuestras asociaciones, que ya regresan, como el vencejo que quiebra el aire y vuelve hacia atrás, en las tardes de cielo color Maestranza. Tenéis que aprender a levantaros, después de cada error y cada caída. A pedir perdón y a perdonar, a dejar pasar discusiones inútiles y opiniones de redes sociales. El mejor costalero, no es que nunca llora, se lamenta, se arrepiente, pierde el paso o se equivoca. El costalero de Cristo sabe que lo importante es seguir adelante, chicotá a chicotá. ¡Así es como se dan las mejores zancadas de la vida! ¡Poco a poco! Pero siempre de frente.

Y el tercer momento: “Cristo está vivo y camina en la mar”. Jóvenes costaleros de las cruces de mayo de Dos Hermanas sois jóvenes porque tenéis la ilusión, que es el futuro, en vuestras manos. Esa ilusión es además vuestra esperanza. Debéis ser como el zanco fuerte, al que el compañero fija su mano. En vuestro corazón y en vuestra alma, como en vuestros bolsillos está a lo que aferraros. La estampa de vuestra Virgen, la medalla de vuestra hermandad, la fotografía de vuestra familia, el anillo de vuestra novia. El Señor camina en la mar y viene a la orilla, donde estamos nosotros, a buscarnos. Y viene para decirnos que todos somos y todos pertenecemos a su misma cuadrilla.

Así lo rezan vuestros pasos. Con vuestras cruces de mayo vosotros sois la cuadrilla de Cristo vivo. ¡La cruz está vacía, porque Jesús está vivo, porque el Señor ha resucitado! Salid de verdad, con sencillez y alegría a mostrar, un año más, esa importante lección.

Y sin embargo, hay muchos que no lo entienden o no lo quieren entender y se empeñan en buscar falsas escaleras para desenclavar a Jesús. No, joven, tú no te pierdas en la saeta o en los deseos de ascender, por la vanidad y la apariencia, en querer ser oficial de junta de gobierno. Que no, que no es así. Jóvenes cofrades de las cruces de mayo no dejéis engañar por las alabanzas de unos, que solo ven emociones en nuestra fe. Ni enseñar por aquellos que consideran que la fe no tiene nuestra emoción.

¡Deja ya esa escalera, para Jesús Nazareno, para el Señor de los Gitanos, para el Jesús de la Agonía, el que tiene sangre en las manos! ¡Qué no! ¡Que en mayo no lo tenemos que desenclavar! ¡Porque Cristo está vivo y anda en la mar! ¡No! ¡Yo no puedo cantar, ni quiero, esas saetas de mi tierra, lastimeras, a Jesús en el madero!

Por eso, así, al llegar a este final, solo puedo pediros perdón. Por no ser ejemplo de nada. Porque no mentía al decir que había venido con las manos vacías. Porque yo también he entonado esa saetas tantas veces, que he perdido la cuenta. Y he buscado escaleras inútiles. He renegado de la cruz muchas veces y no he sido ese costalero de Cristo vivo.

Muchas gracias.

Álvaro Cueli Caro.
15 de abril de 2015.